



## *Últimas batallas sobre el modernismo: la segunda «Revista Azul» de México*

Alfonso García Morales

La importancia del modernismo -cuya historia oficial en México suele escribirse en torno a las capitalinas *Revista Azul* (1894-96) y *Revista Moderna* (primera época 1898-1903, segunda 1903-1911)- no puede hacer olvidar que su triunfo nunca fue total, que no se produjo sin resistencias de diverso signo ni dio como resultado un movimiento homogéneo, libre de disparidades, contradicciones y cambios literarios e ideológicos. Sirva como ilustración una curiosa polémica, una de las últimas batallas sobre el modernismo hispánico, la que se desarrolló en torno a la llamada «segunda» *Revista Azul*, cuyas implicaciones y consecuencias hay que tener en cuenta para intentar comprender la cultura mexicana del momento y su posterior evolución.

Los hechos iniciales y fundamentales del caso son los siguientes: a comienzos de 1907 Manuel Caballero, un periodista de Guadalajara asentado en la capital, ocasional versificador, hoy completamente olvidado, obtuvo autorización para volver a publicar la ya mítica *Revista Azul* de Manuel Gutiérrez Nájera. Lo hizo en abril de ese año con un programa en principio desconcertante, que sacudió el amodorrado ambiente literario: combatir el modernismo, es decir, el movimiento que -según era ya generalmente aceptado- esta misma revista había iniciado en México. «Nuestro programa: ¡Guerra al decadentismo! Restauremos el arte limpio, sano y fuerte»<sup>1</sup>. La iniciativa provocó el rechazo inmediato de un grupo de jóvenes radicados en la capital, que publicó una «Protesta literaria» y organizó una manifestación de desagravio a Gutiérrez Nájera bajo el lema «Arte Libre», y que aprovechó la ocasión para autoproclamarse públicamente como la «nueva generación intelectual». Este grupo -cuyo núcleo inicial estaba formado por el dominicano Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes y Antonio Caso-, se había dado discretamente a conocer en la *Revista Moderna*, incluso había fundado una prolongación juvenil de ésta, *Savia Moderna* (1906); más tarde se constituyó en varias asociaciones: la Sociedad de Conferencias, el Ateneo de la Juventud y finalmente el

Ateneo de México, razón por la que se le conoce como «Generación del Ateneo» y también como «Generación del Centenario», en referencia a 1910, fecha del Centenario de la Independencia y del comienzo de la Revolución. En medio del escándalo, Manuel Caballero siguió adelante con la publicación e incluyó en ella dos «Contraprotestas» a su favor firmadas por sendos grupos de jóvenes, esta vez de provincias: una de la denominada «Juventud literaria de Puebla», grupo del que sabemos poco; otra de la «Juventud literaria de Aguascalientes», del que sí hemos llegado a saber algo, gracias a que en él figuraba el principiante Ramón López Velarde. Pero al sexto número y alegando dificultades económicas, la revista se suspendió. Los ateneístas siempre lo consideraron una victoria, su primera victoria frente a la ignorancia del medio, el mercantilismo y las tendencias reaccionarias simbolizadas por Caballero. Cuando Alfonso Reyes hizo balance de su generación, narró el incidente:

Por 1907, un oscuro aficionado quiso resucitar *La Revista Azul* de Gutiérrez Nájera, para atacar precisamente las libertades de la poesía que proceden de Gutiérrez Nájera. No lo consentimos. El reto era franco, y lo aceptamos [...] Ridiculizamos al mentecato que quería combatirnos, y enterramos con él a varias momias [...] *La Revista Azul* pudo continuar su sueño inviolado. No nos dejamos arrebatarse la enseña, y la gente aprendió a respetarnos<sup>2</sup>.

Durante años nadie se interesó por el «oscuro aficionado». Que yo sepa, sólo el escritor Victoriano Salado Álvarez le dedicó una nostálgica evocación en sus memorias del porfiriato, donde lo presentó como un activísimo periodista, un adelantado del reportaje moderno tanto en la capital como en los Estados, pero un mal empresario: «Parecía un personaje balzaciano, parecía el mismo Balzac, por su amor a los negocios y por su mala estrella para conducirlos y llevarlos a término»<sup>3</sup>. Pero ni mencionaba siquiera el estrepitoso fracaso de su *Revista Azul*. Francisco González Guerrero, estudioso y editor de Gutiérrez Nájera, rescató la revista en un artículo que sirvió de referencia a varios investigadores de revistas modernistas<sup>4</sup>. Después vino Alfredo Roggiano, que en su estudio sobre las etapas mexicanas de Pedro Henríquez Ureña se ocupó de la polémica a partir de las memorias inéditas de éste; y yo mismo, que en un libro sobre el Ateneo volví a revisar la revista y la polémica poniéndolas en relación con el desarrollo de este grupo. Ambos coincidimos en destacar el protagonismo de Henríquez Ureña, el centro, la conciencia y el guía de esos jóvenes mexicanos, el más enérgico impulsor y propagandista de sus actividades, empezando por la protesta contra la nueva *Revista Azul*<sup>5</sup>. Hasta aquí, pues, los que nos ocupamos del asunto habíamos estado -dato o matiz más o menos- esencialmente de acuerdo con la versión de Reyes y los ateneístas, viendo en la segunda *Revista Azul* un intento frustrado de romper el proceso de modernización de la literatura mexicana que Gutiérrez Nájera había puesto en marcha y ellos continuaron. Paralelamente Gabriel Zaid, al indagar en los desencuentros entre los ateneístas y López Velarde, insistió en la razón fundamentalmente estratégica por la que los primeros libraron esa batalla: «Se trataba de tomar la calle, salir a la vida pública y decir: aquí estamos, miren la fuerza que tenemos, el talento que tenemos, la razón que tenemos [...]. Los sucesores de Gutiérrez Nájera somos nosotros, no Manuel Caballero»<sup>6</sup>; y se preguntó por las posibles conexiones de Caballero con los representantes de una cultura mexicana «católica y

moderna» como López Velarde. En 1992 Guillermo Sheridan avanzó en esta línea. Tras sus importantes descubrimientos documentales sobre el López Velarde juvenil, que han demostrado la necesidad de estudiar seriamente la ignorada cultura provinciana y católica, dedicó al incidente un sugerente artículo. No le interesaban tanto los móviles de los triunfadores y recordados ateneístas como los del derrotado y olvidado Caballero. La base más segura de su argumentación fue demostrar la relación de éste con círculos de periodistas y escritores católicos de provincia. A partir de aquí llegó, creo que muy arriesgadamente, a presentar la resurrección de la *Revista Azul* como parte de una supuesta alternativa provinciana y moderna al modernismo metropolitano<sup>7</sup>. Y es que pese a aportar cantidad de datos y novedades en torno a la polémica, ni Zaid ni Sheridan habían llegado en realidad a ver la revista, muy rara y de difícil acceso. Por último, en 1996 Fernando Curiel publicó en la UNAM una edición facsimilar de la misma y una completa colección de documentos hemerográficos sobre la polémica<sup>8</sup>. Estas nuevas aportaciones me han llevado a intentar una breve reconsideración de la revista dentro del debate sobre el modernismo y del desarrollo que éste adquirió en México.

La polémica en torno a la segunda *Revista Azul* no se puede, en efecto, entender fuera de la gran polémica finisecular sobre el modernismo, que a su vez tenía como cuestión clave el decadentismo, la «verdadera manzana de la discordia» dice Jorge Olivares en un acercamiento general al tema<sup>9</sup>, por lo que éste supuso de desafío tanto de las creencias y la moral tradicional como del concepto decimonónico de progreso. Las actitudes, los temas y el lenguaje considerados decadentes fueron los aspectos más atacados por los antimodernistas, tanto por la crítica conservadora, consciente de su peligrosidad ideológico-social, como, tampoco hay que olvidarlo, por quienes defendían posiciones progresistas o comprometidas y veían en ellos síntomas reaccionarios o escapistas. El decadentismo fue también lo que los propios modernistas asumieron con mayores problemas, lo primero que muchos abandonaron a medida que fueron integrándose socialmente, que alcanzaron reconocimiento y su escritura fue aceptándose y, digamos, normalizándose. Fue, pues, lo más arriesgado y rápidamente envejecido, lo más temido y ridiculizado. Los episodios principales de la polémica sobre el modernismo y decadentismo en México son conocidos a grandes rasgos, aun cuando queda mucho por investigar. Recordemos sólo cómo en 1893 José Juan Tablada, a quien se puede considerar el introductor y más destacado representante de la modalidad decadente del modernismo mexicano, escandalizó con su poema «Misa negra» al público de la capital, incluyendo a la esposa del dictador Porfirio Díaz. A raíz de ello propuso publicar una *Revista Moderna* como órgano de combate del Decadentismo. Pero el proyecto no se realizó hasta cinco años después y no de la manera «intransigente y exclusiva» que él quería<sup>10</sup>. Antes vino la *Revista Azul*, dentro de cuyo amplio y conciliador espíritu hay ecos de la controversia: se traducen fragmentos de *Degeneración* de Max Nordau, pero también se reproducen las matizadas defensas de los decadentes que entonces estaba realizando Rubén Darío en la Argentina<sup>11</sup>. Hay que subrayar aquí que, pese a la apertura estética de la *Revista Azul*, su directriz fundamental fue inequívoca. Como dice Gutiérrez Nájera en el famoso artículo «El cruzamiento en literatura»: «Nuestra Revista no tiene carácter doctrinario ni se propone presentar modelos de belleza arcaica, espigando en las obras de los clásicos; es sustancialmente moderna...»<sup>12</sup>. Exactamente lo contrario de lo que más tarde sostuvo en su nombre Manuel Caballero. También apuntar que el grupo de modernistas argentinos reunido en torno a Darío, el más activo del ámbito hispánico, fueron en adelante un referente fundamental para los mexicanos. Pero el acto más importante de la querrela modernista tuvo lugar un año después de clausurada la *Revista Azul*, a raíz de la publicación del

libro *Oro y negro* (1897) del joven Francisco M. de Olaguíbel, prologado por Amado Nervo<sup>13</sup>. Entonces Victoriano Salado Álvarez, crítico conservador de Guadalajara, atacó a los modernistas de la capital por su literatura contraria a la moral, al buen gusto y al medio mexicano. La respuesta estuvo a cargo de Nervo, Jesús E. Valenzuela y Tablada. Éste no dejó de hacer alguna comparación: «Calixto Oyuela en Buenos Aires al atacar la traducción de *Belkiss* de Eugenio de Castro, noblemente hecha por Luis Berisso, es un ilustre precursor de Salado Álvarez»<sup>14</sup>. Allí como aquí los ataques sirvieron para dar cohesión externa a los modernistas: inmediatamente se decidió la fundación de la *Revista Moderna*. Como paso previo, el grupo fundador reafirmó su posición de ruptura dirigiendo una carta pública a Manuel Caballero, por entonces director de *Estrella Occidental*, de Guadalajara, en la que renunciaban a colaborar con él por juzgarlo muy cerca de «las preocupaciones de escuela exhibidas hace muy poco por el señor Salado Álvarez» y «porque juzgamos que el artista y su obra no deben ser aherrojados con las fórmulas del convencionalismo y rechazamos todo lo que sea un ataque a la inspiración»<sup>15</sup>. Puede pensarse que de ahí parte un enfrentamiento entre la *Revista Moderna* y Caballero, que se prolongó durante años y del que quedan varios testimonios.

Pese al antifilisteísmo e independencia con que se presentó y a la estética muy marcadamente «fin de siglo» que la caracterizó siempre, la *Revista Moderna* no tardó en ser aceptada entre la burguesía porfirista y en su segunda etapa se convirtió en una publicación abiertamente progubernamental. Contribuyeron a ello dos figuras influyentes del régimen: el multimillonario Jesús E. Valenzuela, su director y principal sostén, y el Subsecretario y después Ministro de Instrucción Justo Sierra, protector oficial de escritores y artistas. (Y entre paréntesis, un dato concreto más descubierto por Zaid en referencia a Caballero y que seguramente está detrás de sus aislamientos y fracasos: Justo Sierra siempre lo creyó instigador de la muerte de un hermano suyo en duelo con Ireneo Paz, el abuelo de Octavio Paz)<sup>16</sup>. Algunos colaboradores de la *Revista Moderna* se perdieron en la bohemia, incluso sus fundadores los escritores José Bernardo Couto Castillo, Alberto Leduc y Antenor Lescano y su ilustrador Julio Ruelas murieron víctimas de los «paraísos artificiales»<sup>17</sup>. Pero la mayoría fueron integrándose. El mismo Tablada, que había vivido muy peligrosamente, publicó en 1899 en la *Revista* un significativo «Adiós a bohemia»<sup>18</sup>. Las polémicas seguía coleando, pero en la revista eran cada vez más frecuentes los artículos de diferentes escritores hispánicos en los que se distinguía el modernismo del decadentismo, se hacía balance, se justificaban los excesos y se subrayaba lo positivo, la obra conseguida, incluso se atacaba a los imitadores o falsos modernistas. Citaré sólo un artículo de 1902 del chileno Francisco Contreras titulado «El arte nuevo», porque en él se contiene en germen las ideas sobre el «Arte libre» que defenderán los ateneístas frente a Caballero:

El triunfo del Arte Libre es un hecho en todas las literaturas cultas de Europa. En América empieza a serlo. Manuel Gutiérrez Nájera con la importación del Francesismo dio la primera palabra. Luego la simiente ha fecundado. ¿Que se ha divagado mucho, que mucho se ha disparatado? Naturalmente. Ya sabéis que uno de los *defectos* de este arte es perder sin remedio a las medianías. Pero de tanto ensayo, de esfuerzo tanto comienza a surgir ya una Obra que empieza a atraer la atención europea<sup>19</sup>.

Esta actitud se tradujo en una apertura a ciertos reputados escritores tradicionalistas, que participaron ocasionalmente en la *Revista* sin renunciar a sus principios, como los poetas José Arcadio Pagaza, Obispo de Veracruz, y Manuel José Othón, al que volveré a referirme. También el antiguo enemigo Salado Álvarez. Ya en 1900, en una carta pública dirigida a éste por Valenzuela, se lee: las «exclusiones pasaron ya de moda», «Los asendeados modernistas, crítico amigo, han hecho en esta parte una evolución inesperada en nuestra literatura, especialmente los poetas Tablada, Nervo, Olaguíbel, Dávalos, exagerando la tendencia, puede ser, con apasionamientos personales en la contienda, sin duda. Pero la obra es ya un hecho»; le pide «que borre prejuicios de su espíritu el prejuicio que en él lleva, como cadáver mal oliente, contra los modernistas»<sup>20</sup> y le invita a colaborar en la revista.

Con todo las resistencias nunca cesaron y se concentraron fundamentalmente en provincias, entre escritores ajenos a la consagración oficial que otorgaba *Revista Moderna* y/o entre los sectores católicos más tradicionales. Pese a la política «conciliadora» de Porfirio Díaz en materia religiosa y al aumento de poder real de la Iglesia en muchos Estados, ésta se sentía insatisfecha, se mostraba especialmente en desacuerdo con la educación oficial laica y positivista entonces dirigida por Sierra, y veía con desconfianza los aires modernizadores que llegaban de la capital, incluidos los literarios. Se conocen en este sentido varios hechos que sin duda prepararon el terreno a la segunda *Revista Azul*. En 1902, con ocasión de los Juegos Florales de Puebla, ciudad con fuerte presencia eclesiástica, se celebró un concurso de monografías sobre el decadentismo en el que participó Salado Álvarez con los mismos argumentos que había utilizado cinco años antes y que ganó Atenedoro Monroy con un estudio crítico descalificador que iba a ser ampliamente utilizado por Caballero. Desde 1905 el poeta menor pero activísimo periodista católico Eduardo J. Correa publicó en los periódicos confesionales que dirigía en Aguascalientes reiterados ataques contra el modernismo. Tanto Monroy como Correa se adherirán a la iniciativa de Caballero y animarán a grupos de jóvenes de sus ciudades a firmar las contraprotestas frente a los capitalinos. Otro dato recogido en la prensa por Roggiano y que pudo caldear el ambiente: cuando a mediados de 1906 una olvidada «Sociedad Literaria Manuel Gutiérrez Nájera», de la que era director el católico Manuel Murguía y miembro Manuel Caballero, renovó su mesa directiva, quedó excluido de ella todo colaborador tanto de *Revista Moderna* como de la reciente *Savia Moderna*, que se volvió públicamente su opositora<sup>21</sup>. En el hecho puede verse algo más que un enfrentamiento personal: un síntoma de la disputa por la figura prestigiosa del ecléctico Gutiérrez Nájera, liberal que nunca renunció a sus convicciones católicas, escritor afrancesado y moderno con raíces españolas y aun clásicas. Caballero iba a negar reiterada y vehementemente que pudiera considerársele decadentista y que los escritores de *Revista Moderna* (y no podía dejar de pensar en Sierra, el prologuista de la edición póstuma de sus *Poesías*) fueran sus legítimos continuadores. Pero lo que probablemente terminó por decidirle a resucitar en 1907 la *Revista Azul* y a hacer de ella una publicación abiertamente antimodernista fue la condena que ese mismo año formuló el Papa Pío X contra la herejía del «modernismo teológico», que reavivó el interés general y muy especialmente los arraigados prejuicios católicos hacia el «modernismo literario».



En el «Prospecto» que Caballero distribuyó por la República anunciando la reaparición incluyó un editorial en el que en un tono más combativo que argumentativo, que iba a ser ya constante, identificaba modernismo y decadentismo y lo calificaba como pecado o enfermedad que había que redimir o curar: «sacrilegio» o «secta», «neurosis» o «locura», «contagio» o «virus», metáforas del discurso religioso y médico presentes en todo el debate sobre la modernidad, que la crítica conservadora blandió en sus ataques contra los modernistas y que éstos no dejaron de asumir como signo de desafío y distinción. Caballero también adelantó el plan de la publicación, con secciones como «Notas de combate», «Modelos de poesía clásica, antiguos y modernos» y «Bocetos de crítica»; y anunció concursos de «obras literarias dentro de los modelos clásicos». Aunque de momento no citaba a la *Revista Moderna*, ésta era sin duda el rival a batir, «el órgano de los Decadentistas» como diría en los números siguientes. Probablemente calculó que las dificultades concretas por las que entonces atravesaba -lejanía de Nervo, enfermedad de Valenzuela y pelea de éste con Tablada, que se retiró de la redacción- y su cada vez mayor anquilosamiento y consiguiente cansancio de los lectores la hacían más vulnerable que nunca. La *Revista Moderna* publicó una escueta nota en la que manifestaba su disgusto de que la antigua *Revista Azul* hubiera «caído, no en manos, en garras de Manuel Caballero, pseudo poeta y literato cursi» y anunciaba que no volvería a ocuparse del asunto<sup>22</sup>. Aunque no fue exactamente así, lo cierto es que cedió el primer puesto en la pelea a los jóvenes recién llegados, con los que seguramente no contaba Caballero, pues no habían logrado aún cuajar en *Savia Moderna*, pero que ahora iban a aprovechar bien su oportunidad. Entre ellos al menos Pedro Henríquez Ureña ya tenía una idea muy definida de la importancia histórica del modernismo por encima de sus realizaciones concretas, como un amplio movimiento que, uniendo libertad y disciplina, había aportado a la literatura hispanoamericana un primer grado de madurez, profesionalización y reconocimiento internacional, al tiempo que rechazaba su visión como escuela decadente y cerrada. Así lo expuso en los *Ensayos críticos* que reunió en 1905, antes de trasladarse a México, donde definió el modernismo como una etapa «importante y necesaria de nuestra evolución artística» y abogó por un «modernismo americano bien entendido, que me figuro tiende a transfigurarse en una literatura plena y vigorosamente humana»<sup>23</sup>; y en los primeros artículos que escribió a su llegada. En el último número de *Savia Moderna*, al hablar de *La corte de los poetas*, la antología del modernismo hispánico que acababa de publicar Emilio Carrere en Madrid, adelantaba la idea del «Arte Libre»: «es tiempo ya de que se olvide la inútil designación de modernismo y toda clase de *ismos*. Libre el arte de estas pesadas clasificaciones, quedará solamente la individualidad. Y todavía hay que evitar que el cultivo de ésta se convierta en estéril individual-ismo»<sup>24</sup>. Su preferencia por una poesía moderna pero «clásica», en un sentido general de sobriedad y mesura, terminó viéndose satisfecha con la evolución seguida desde 1909 por la poesía de Enrique González Martínez, a quien consagró críticamente como paradigma de la poesía mexicana y promocionó como Presidente del Ateneo y modelo poético para los jóvenes.

De ahí que el mismo día en que reapareció la *Revista Azul*, «segunda época» según su director, «apócrifa» según los jóvenes, estos publicasen en la prensa una contundente «Protesta literaria» en la que no perdieron la oportunidad de presentarse como la «mayoría de hecho y por derecho del grupo de la juventud intelectual». De una parte deslegitimaron la reacción antimodernista representada por Manuel Caballero, quien, incapaz siquiera de entender la labor revolucionaria de Gutiérrez Nájera, decía venir a «redimir la literatura nacional de quién sabe qué males, que sólo existen en su imaginación caduca»; de otra, declararon su propio credo: «nosotros no defendemos el

modernismo como escuela, puesto que a estas horas ya ha pasado, dejando todo lo bueno que debía dejar, y ya ocupa el lugar que le corresponde en la historia de la literatura contemporánea; lo defendemos como principio de libertad, de universalidad, de eclecticismo, de odio a la vulgaridad y a la rutina. Somos modernistas, sí, pero en la amplia acepción de ese vocablo»<sup>25</sup>. Pocos días después llevaron la protesta hasta la calle, organizando una manifestación de desagravio a Gutiérrez Nájera bajo el lema «Arte Libre». Según algunos cronistas fue la única manifestación pública permitida durante la larga dictadura de Porfirio Díaz, que consentía estrechos, aparentes márgenes de discusión entre facciones leales y en cuestiones que en realidad poco lo comprometían directamente, como religión, educación y cultura. Los periódicos capitalinos informaron ampliamente sobre ella, con diferentes actitudes. Los firmantes de la protesta, encabezados por Pedro Henríquez Ureña, que portaba un estandarte con el lema «Arte libre», acompañados de una banda de zapadores y varios cientos de estudiantes, recorrieron las calles céntricas hasta la Alameda, donde se leyeron poemas y discursos. Los actos tuvieron su continuación en una velada en el Arbeu, el teatro oficial; todo lo cual hace pensar en el permiso, cuando no el apoyo del ministro Sierra. Lo más serio e interesante de la manifestación fue el discurso de Max Henríquez Ureña, en el que reveló una clara comprensión del significado del modernismo, del que con el tiempo él sería uno de los principales historiadores, y en el que dijo cosas que han seguido repitiéndose casi hasta hoy:

La crítica ha reconocido unánimemente que Gutiérrez Nájera fue en compañía de Rubén Darío, Julián del Casal y José Martí, uno de los cuatro fundadores del modernismo. Y aquí cabe, señores, declarar que lo que se llamó modernismo por una necesidad de designación, está lejos de indicar sectarismo ni limitación al pensamiento. Bastará con analizar la personalidad literaria, tan diversa, de los cuatro fundadores del modernismo en América, para comprender que el programa de esa escuela era tan amplio, que tuvo que resolverse, como declara Leopoldo Lugones, en «la conquista de la independencia intelectual». En efecto, hemos llegado a suprimir absurdas limitaciones de escuela, y lo que hoy se pide al artista es que produzca belleza, sin preocuparnos de los procedimientos que siga para producirla. Hemos llegado a la época del arte libre<sup>26</sup>.

En adelante Caballero concentró todos sus esfuerzos en defenderse de estos jóvenes, a los que se empeñó en tachar también de decadentes. Para ello publicó varias adhesiones a la causa de su revista por parte de escritores, grupos y publicaciones confesionales de provincias, como *El Observador*, dirigido en Aguascalientes por su amigo Correa, que se solidarizaba con su lucha contra «los avances del modernismo desatentado que en su morbosa obsesión amenaza borrar los senderos legítimos del Arte»<sup>27</sup>. Así como las dos mencionadas «Contra-protestas», la de la Juventud de Aguascalientes, firmada entre otros por Correa y López Velarde, «porque su programa tiende a fustigar la triste labor del modernismo, que tantos estragos debe en el Arte contemporáneo»<sup>28</sup>; y la más extensa de la Juventud de Puebla, en la que figuraban, además de Atenedoro Monroy, los poetas Rafael Cabrera y Alfonso G. Alarcón, que

trataba de refutar uno a uno los argumentos de los capitalinos y se negaba a reconocerlos como los representantes naturales de la intelectualidad mexicana:

Defienden ellos al decadentismo o modernismo como principio de *libertad*, siendo que es un principio de *libertinaje*, puesto que da en tierra hasta las reglas más rudimentarias a que debe sujetarse toda obra que tenga por objeto la Belleza.

Lo defienden como principio de *universalidad*, siendo así que apenas es comprendido por unos cuantos iniciados.

Lo defienden como principio de *eclecticismo* y de *odio a la vulgaridad y a la rutina*, siendo así que sólo toma lo malo de las literaturas de todos los tiempos, y sus sectarios pretenden ser tan absolutamente novedosos que llegan hasta las extravagancias más inverosímiles [...].

La mayor parte de los que firmamos somos jóvenes también, pisamos un terreno que es patrimonio de quien lo merece, no de quien lo arrebatra, protestamos de una vez por todas contra la tutela gratuita a que nos han querido someter los poetas de la Corte. No es allí donde reside la Meca en que soñamos nosotros los provincianos oscuros<sup>29</sup>.

Manuel Caballero fue víctima de su enfrentamiento desigual con el poder político-literario, con el «establishment», como han subrayado Zaid y Sheridan, pero también y en último extremo de sus propios prejuicios, inconsistencias y contradicciones, como se ha dicho siempre. De ahí el fracaso de la nueva *Revista Azul* en todos los órdenes. En primer lugar tuvo grandes dificultades para justificar sus ataques, pues lo cierto es que, como vieron con claridad los futuros ateneístas, basaba su campaña en una identificación tan parcial como tardía entre modernismo y decadentismo. El momento en que su programa hubiera tenido alguna razón había pasado ya y ahora salía a luchar contra fantasmas. Para entonces las individualidades modernistas solían insistir en considerar superado el momento militante y gregario del movimiento, se mostraban alejados, incluso arrepentidos de cualquier decadentismo inicial, y seguían caminos propios dentro de un modernismo cada vez más aceptable y aceptado. El principal aporte de su sección «Notas de combate» fue la publicación por entregas del citado ensayo de 1902 en el que Atenadoro Monroy, recurriendo a algunos argumentos de la «crítica científica» europea (Taine, Paul Bourget, Jean-Marie Guyau o Max Nordau) terminaba encerrando el decadentismo en la siguiente fórmula:

Escuela poético-lírica de origen metafísico, en el que se traduce un hondo y amargo malestar social de cansancio y decrepitud, por medio de símbolos oscuros e ininteligibles, expresiones rebuscadas o alteradas caprichosamente en su significación, metros de calculadas disonancias o virtualidades musicales de absoluta libertad y novedad, rimas



regresivas, y fantaseos y alucinaciones personalísimas, propias sólo de la neurosis y del desequilibrio cerebral<sup>30</sup>.

Lo que ejemplificó con poemas -todos publicados hacía ya algunos años- de «los más conspicuos decadentistas latinoamericanos»: Rubén Darío, Leopoldo Lugones y Leopoldo Díaz, del grupo argentino; Balbino Dávalos, Amado Nervo y José Juan Tablada, del mexicano<sup>31</sup>. El resto de los apoyos teóricos de la *Revista* resultaron más débiles y desfasados. Caballero estaba muy necesitado de refuerzos. De ahí el entusiasmo con que en el penúltimo número, correspondiente al 5 de mayo, se hizo eco de la encuesta que acerca del modernismo acababa de iniciar Enrique Gómez Carrillo en *El Nuevo Mercurio*: «No es solamente en América en donde se puede decir que nos preocupamos por esa enfermedad de la literatura que se llama el modernismo. También en Europa produce el malestar consiguiente». Resumió muy sesgadamente las primeras opiniones y prometió seguir en el siguiente número «porque estamos viendo y previendo, al mismo tiempo, que la mayoría de las respuestas enviadas al "Mercurio" han de venir a robustecer en gran manera la actitud neta y resueltamente hostil a lo que aquí entendemos por modernismo»<sup>32</sup>. No lo hizo. Y es que nuevamente se había equivocado. Lo que trajo *El Nuevo Mercurio* en su número de mayo fue nada menos que una reproducción de la «Protesta literaria» de sus contrincantes. Para colmo Caballero tuvo que leer la respuesta a la encuesta enviada por Valenzuela, quien al hablar sobre el porvenir de la literatura aprovechó para lanzarle lo que Curiel llama «una estocada hasta la empuñadura», sólo entendible en el contexto que estamos viendo: «Siempre junto a un Díaz Mirón, existirá un *Caballero*»<sup>33</sup>. Pero sobre todo y como ha estudiado bien Pilar Celma Valero, entre 1902, en que se celebró en España la encuesta sobre el modernismo de *Gente Vieja*, con resultados negativos, y 1907, en que la mayoría de las respuestas a *El Nuevo Mercurio* fueron positivas, la consideración general sobre el modernismo había cambiado: el concepto se había aclarado y era historiable, sus representantes habían pasado de ser promesas a autores con obras, habían suavizado sus radicalismos juveniles, discernían entre aciertos y errores, y aun atribuían éstos a los imitadores, y preferían hablar de literatura moderna que de modernista<sup>34</sup>.

Ante la falta de ensayos críticos acordes con su programa la *Revista* tuvo que dar cabida a la crítica satírica, que en España, donde era especialmente frecuente y virulenta, hacía tiempo que hacía crisis. En vez de las prometidas respuestas de *El Nuevo Mercurio*, reprodujo una antigua parodia, que encuentra «llena de humorismo fino», del que califica como «notable escritor español» Juan Pérez Zúñiga, autor de miles de poemas festivos, firma habitual del conservador y ya desaparecido *Madrid Cómico*, y verdadero especialista en satirizar la figura del poeta modernista<sup>35</sup>. La parodia en cuestión figura ser una reseña del poemario *Calambres de púrpura* de un tal Fabio Melenúchez, que contiene poemas como «*Vísceras marchitas*, para mi exquisito primo Robustiano», «*Hígados violáceos*, para mi hermano en lirios Anacleto», «*Lugubreces*, para el alma de Don Enrique el Doliente», «*Charcos del espíritu*, para el adorable artista Roberto Piscis», «*Sonrisas de sarcófago*, para Ninfa», «*Lirios abstractos*, para mi amigo de las entrañas Floro Mariquítez», «*Estertores alegres*, para todos los poetas violáceos», etc. Como suele ser norma, la burla empieza por los nombres: el del autor «Melenúchez» (la imprescindible melena larga heredada de la sátira antirromántica) y los de aquellos compañeros que figuran en las indefectibles

dedicatorias (el movimiento modernista visto como hermandad de bombos mutuos), como «Ninfa» o «Floro Mariquítez». La asociación entre el modernista y todo tipo de figura no ya extravagante o ridícula sino marginal o pervertida, no sólo el neurasténico o el esnob sino el alcohólico o el toxicómano, incluso el homosexual, representante extremo de la «degeneración», era habitual en este tipo de publicaciones, y la nueva *Revista Azul* no dejó de referirse a «esos afeminados inventores de poemas haschinianos o morfinómanos. Llenos de artificio y exentos de todo noble entusiasmo, de todo noble ideal. Eróticos sin sentimentalismo; por vicio, sólo miran hacia la tierra, y de ésta, a los rencores más oscuros y más indignos»<sup>36</sup>. La pseudorreseña termina reproduciendo el poema «Crepúsculo torturador», un pastiche satírico en el que se caricaturiza (se condensa y exagera) el supuesto léxico, imaginería y ritmo modernista, y que comienza:

Los lagos azules suspiran tranquilos,  
tranquilos suspiran los lagos azules,  
los lagos azules  
tranquilos suspiran  
con dejos neurosos de lúbrica flema,  
con áureas nostalgias de lirios de crema.  
¡Por eso suspiran los lagos tranquilos!  
¡Por eso suspiran los lagos azules!

Aunque con menos fundamento y gracia, el propio Caballero ensayó una parodia de la Protesta de los jóvenes en la que volvió a dejar constancia de su idea del decadentismo:

El DECADENTISMO es la seleccionización del exquisitismo temperamentosos. Es el arte cimático de no ser vulgares. Es la embriagosa destilación del idioma por el alambique de oro de la neurosis. Es el arte pomposo de externar, envuelta en nelumbos, y arrollada por ocres musicales, esa divina floración del alma que los no-iniciados llaman *disparate*. Es la triunfalidad ascendente del originalismo inventífero, y demolicionista de un pasado que huele a moho. Bañamos nuestras ideas en la ablución de un iconocismo derrumbante de idolaciones y embarazosas para la marcha libre hacia el Porvenir... ¡Nosotros vamos hacia el Porvenir!

Somos la Juventud. Somos la mayoría de la Juventud. Somos la inmensa mayoría de la Juventud pensífera. Y lo somos de hecho y por derecho [...] Somos, pues, la mayoría de la juventud evolucionante, aplastante, derrumbante, magullante y deshollinante. En nuestra marcha clarífoba y novatriz nos detendrán las momias. Las haremos volver a sus sepulcraciones con nuestros esfuerzos redentíferos. ¿Cómo se

llaman esos monstruos retrogradantes a los que se quiere atar nuestras ensoñaciones? ¡Se llaman la Gramática, la Lógica, el Sentido Común, la Armonía, el Arte Poético, el Ritmo, la Belleza!<sup>37</sup>

La sección de concursos resultó otro fiasco. En el primer número se ofreció un premio a la mejor crítica al primer poema del entonces inminente libro de Rubén Darío *El canto errante*: los trabajos «pueden ser tan humorísticos como se quiera, ya que el asunto se presta tanto para ello»<sup>38</sup>. Pero a esas alturas el prestigio de Darío, blanco favorito del antimodernismo, era muy sólido y aun en España, donde los ataques años atrás habían sido especialmente duros, pocos se animaban a seguir por ese camino. El premio tuvo que declararse desierto y a cambio se reprodujo un artículo de Salvador Rueda en el que se traslucía su viejo resentimiento contra el «viajante de rimas francesas»<sup>39</sup>.

Tampoco supo Caballero proponer verdaderas alternativas poéticas. En la sección de «modelos clásicos de literatura, antiguos y modernos» empezó presentando al recién fallecido Manuel José Othón, que siempre quiso mantenerse fiel a la tradición clásica y rechazó el modernismo de escuela, pero que llegó a fórmulas poéticas muy personales y novedosas, que participó muy pronto en la *Revista Moderna* y que los modernistas admiraron y -otro caso de clásico disputado- aun quisieron reclamar como suyo. También incluyó antiguas versiones de Anacreonte del reconocido traductor y poeta clasicista Ignacio Montes de Oca, Ipanandro Acaico, Obispo de San Luis Potosí. Pero en general sus modelos, calificados de «poetas castizos», eran poetas menores y conservadores ideológica y estéticamente, como el académico Enrique Fernández Granados, el «Fernangrana» ridiculizado por los jóvenes, que escribió para la revista el soneto «Lejos de mí la decadente harpía»; o el propio Eduardo J. Correa, presentado como «abogado, literato, poeta, dramaturgo, periodista y jefe de un hogar modelo», «paladín sincero y púgil del arte limpio», «enemigo del morboso decadentismo», «hondo, pensador, caritativo, piadoso creyente», que colaboró con el soneto de amor paternal «Manos blancas»<sup>40</sup>.

No es extraño que desde el comienzo Caballero cayera en continuas contradicciones con su propia línea editorial, que reducía modernismo a decadentismo. De ahí que ridiculice el poema de Lugones «Hortus deliciarum», mientras que reconoce que «New Mown Hay» reúne «caracteres de pensamiento, sencillez, belleza, gracia y hasta perfecta claridad, cosa que sorprenderá tratándose de un pontífice de la poesía tenebrosa»<sup>41</sup>. Lo mismo al hablar de los últimos poemas del delicuescente Nervo o de Valenzuela. A Luis G. Urbina no lo considera decadentista «a pesar de algunas composiciones». Y edita, como ejemplo de su ideal de «arte limpio, sano y fuerte», poemas de Antonio Machado, sin advertir su modernismo esencial. Además, continuamente hace concesiones como ésta: «Algunos de esos señores, cuando no están bajo la influencia de su locura, son poetas de verdad, emotivos, sinceros, que sienten y hacen sentir a los lectores. Extraña cosa que ellos mismos no se percaten de la inmensa distancia que separa aquellas de sus composiciones que son hijas de la neurosis, de las que vibra en sus lirás cuando se encuentran en estado de tranquilidad y razón»<sup>42</sup>.

El malentendido no podía mantenerse por mucho tiempo. Todos los escritores de cierta importancia le hicieron el vacío y al sexto número anunció la suspensión de la publicación. La *Revista Moderna* publicó una nota editorial en la que se felicitaba por la muerte de la segunda *Revista Azul* y de «su absurdo programa antimodernista» y destacaba el papel que en ella habían tenido los jóvenes<sup>43</sup>. Éstos se habían dado a conocer, enseguida iban a adquirir personalidad y a sellar su pacto con Justo Sierra, a poner en marcha sus proyectos y a colaborar con la política educativa del ministro. Empecé hablando de cómo Alfonso Reyes recordaba este triunfo en sus memorias. También lo hizo Henríquez Ureña, quien calificó despectivamente la «Contraprotesta» de los jóvenes de Puebla como de «mocheoría académica»<sup>44</sup> y señaló que algunos de sus firmantes -Alfonso G. Alarcón y el indignado Rafael Cabrera- no tardaron en unirse al grupo de la capital. Ninguno de los dos recordó siquiera el oscuro cenáculo de Aguascalientes. Olvido explicable pero significativo, especialmente en lo que respecta a López Velarde. Forma parte del olvido general en que dentro de la historia de la cultura mexicana se ha tenido de las manifestaciones católicas y provincianas, al que también contribuimos los primeros que nos ocupamos de la *Revista Azul* y sobre el que Gabriel Zaid y Guillermo Sheridan han llamado la atención. Con sus estudios se empieza a corregir esta tendencia y se abre un campo en el que queda mucho por explorar. Lo que de momento parece claro es que capitalinos y provincianos, modernistas y católicos interactuaron de una manera compleja -con la complejidad con que interactúan esos dos términos relativos, opuestos y complementarios: tradición y modernidad- que habrá que estudiar detenidamente y en cada caso. Sin embargo, en el caso de la segunda *Revista Azul* lo que no puede concluirse, a la vista de lo expuesto, es que Manuel Caballero y sus partidarios hicieran ninguna aportación literariamente válida ni planteasen ningún tipo de alternativa moderna que llevase a la superación del modernismo de época. Lo refrenda la propia evolución de López Velarde, la figura en la que los conflictos entre tradición y modernidad, provincia y capital, catolicismo y modernismo encarnan y se convierten en el tema mismo de su literatura. Inmediatamente después de su adhesión a la *Revista Azul* se decidió a leer realmente a los modernistas, empezando por Amado Nervo, y fue librándose progresivamente de sus prejuicios, hasta llegar a retractarse de lo que llamó «la sandez antimodernista»<sup>45</sup> y a atacar a «los censores de Nervo, cerebros medianos que lo han tachado ya de iliterato, ya de inmoral, ya de antipatriota»<sup>46</sup>. Y más tarde, después de sus duras experiencias personales y políticas durante la Revolución, de su amistad literaria con el inquieto Tablada y de su lectura y asimilación de Lugones, emprendió un camino personal que no sólo dejó muy atrás a su antiguo «mentor» Correa, sino que desconcertó a algunos ateneístas -a Reyes y Henríquez Ureña, que nunca lo entendieron, a González Martínez, con el que mantuvo una sorda pugna-, llevando la modernidad literaria más lejos de lo que estos supieron hacerlo y señalando caminos para la poesía posterior. Pero ésta es ya otra historia o, mejor, otro capítulo de la misma historia.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

